



La profecía de Casandra*

JAVIER FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Presidente del Gobierno del Principado de Asturias

Buenas tardes a todos.

“¿Cómo se sale de ésta?”. Menuda pregunta. Al leer la cuestión que plantea esta escuela de verano de la Unión General de Trabajadores (UGT) eché en falta dotes proféticas, para poder describiros hoy largo y tendido, con todo lujo de detalles, el seguro camino de salvación que todos ansiamos.

Por eso me vino a la cabeza Casandra, inquietante personaje de la mitología griega. Ella sí que tenía el don de la profecía, pero estaba condenada a que nadie la creyese. Todos los avisos de Casandra fueron desoídos, y las desgracias se sucedieron una tras otra.

A veces me parece que la izquierda en general, y la socialdemocracia en particular, sufren hoy el síndrome de Casandra. Como ella, advierten con acierto los riesgos que acechan, pero nadie les atiende.

* Texto proporcionado por el ponente.

Habréis escuchado a decenas de pensadores que la suma de problemas socioeconómicos y desafección democrática que corroe Europa puede eclosionar en un estallido tal que reviente todas las posibilidades de recuperación económica durante lustros. La centralidad política -y no hablo de un planteamiento ideológico, sino de una comprensión dialógica de la acción política, de las opciones que dan prioridad al consenso y la estabilidad- pierde masa aceleradamente. Al perder masa, pierde también fuerza de atracción y la disgregación del electorado hacia la periferia –el populismo, el extremismo- se hace fácil. Es una ley física.

No profetizo el Apocalipsis, desde luego. Pero tampoco hablo de una hipótesis remota, sino de una constante. El agravamiento de las condiciones económicas y el deterioro simultáneo de las instituciones han sido los fermentos básicos de las tensiones sociales durante toda la historia.

Sobran motivos para la inquietud. Planteémonos, por ejemplo, qué está sucediendo con la política de austeridad impuesta por la canciller Merkel y el coro directivo del Bundesbank en la Unión Europea. Fijémonos cómo se ha desplazado la diana de la crítica sobre las causas de una crisis de raíz financiera. No son los delirios arrogantes sobre la omnisciencia de los mercados y la autorregulación los que soportan los ataques. Al contrario, los reos expuestos en la picota son los gobiernos, acusados sumariamente de derrochadores y a algunos de los cuales –los del sur de Europa, principalmente- se les obliga al desmantelamiento progresivo de su Estado del bienestar, e incluso se les indica cómo deben organizarse internamente, cuando no se les señalan quiénes deben gobernarlos. Es, reitero, una imposición, pero no debemos omitir que una parte de nuestros conciudadanos comparte que ésta es la única salida posible.

No nos engañemos. Estamos en un trance histórico en el cual la democracia está muy frágil y la confianza de los ciudadanos en la capacidad de las instituciones, bajo mínimos.

Existe el riesgo de retroceder hacia una sociedad dual, marcada por el extrañamiento económico y político de una gran fracción social. Porque, ¿qué grado de implicación en la estructura social pueden sentir los jóvenes que han abandonado toda esperanza de encontrar un trabajo decente, que asumen como un mal irremediable que vivirán peor que sus padres? El modelo sociopolítico edificado tras las dos guerras mundiales, durante décadas orgullo de los euro-

peos y referencia de estabilidad, libertad y derechos para los ciudadanos del mundo, sufre fortísimos embates.

Señoras y señores, el desasosiego es hoy un imperativo moral para cualquier gobernante. Y así me siento, con desasosiego.

Sabemos de la necesidad de corregir los desequilibrios acumulados: aumento de la deuda privada, déficit comercial y dependencia de la financiación exterior. Pero, ¿con qué balanza repartimos ese ajuste? ¿Entre acreedores y deudores? ¿Entre grupos de rentas altas y de ingresos bajos? ¿Entre sectores económicos, áreas geográficas, factores de producción o, incluso, entre generaciones?

Dejo mis zozobras al lado, porque la gran pregunta sigue sin contestación. ¿Cómo salimos de ésta?

La primera respuesta debería ser quizá otra pregunta. ¿Podemos salir sin que Europa adopte un camino decidido hacia la unión bancaria, la fiscal y la legitimidad democrática?

La respuesta es no.

Ya no es posible mantener el euro cojo, como decía Delors. La supervivencia de la moneda única exige mayor integración social, fiscal, de supervisión bancaria y de representación y dirección política.

No habrá solución estable si Alemania no aumenta su demanda interna y el BCE no relaja su objetivo de inflación, si no se mutualiza la deuda, si no se invierte en el relanzamiento económico de la periferia.

No habrá solución si no hay una ruta y un proyecto político para Europa. Pero, ¿puede articularse con éxito un proyecto de integración cuando resurgen los nacionalismos, ahora de pulsión económica, en la UE?

Mientras Mario Monti advierte del riesgo de una disolución psicológica de la Unión Europea, los recientes sondeos sobre la percepción recíproca de griegos y alemanes obligan a pensar si puede existir una integración política y social sin una identidad compartida, aunque sólo sea en parte.

Habermas reflexionaba recientemente sobre una federalización convencional de Europa. Entendía que resultaría un modelo erróneo, porque conllevaría una solidaridad inadmisibles para pueblos europeos carentes de un marco nacional e identitario común. Hemos de preguntarnos con realismo cuáles son los límites del demos europeo, si es que existe.

En un mundo en el que cobra fuerza el nacionalismo monetario, ¿quién puede sentir verdadera emoción hacia un complicado aparato jurídico constitucional como el que supone la Unión Europea?

El mismo Habermas concluye que el proceso requiere de ideas político constitucionales nuevas que orienten cómo construir una democracia supranacional con un gobierno común que no se adapte al molde canónico de un Estado federal.

No será fácil porque la complejidad institucional de la Unión Europea es el reflejo de las 27 sociedades que integra. Pero Europa inventó el Estado y las construcciones institucionales que se han adoptado de forma universal. Ahora le toca inventarse a sí misma. Los plazos son cortos y la urgencia, mucha.

Ante esta situación, los gobiernos –y, por supuesto, las organizaciones y los ciudadanos- que aún mantengan la idea de la construcción europea deben esforzarse en la discrepancia. Me atrevo a decir que esa discrepancia con el modelo Merkel es hoy una urgencia para España. Y me atrevo a sostener también que España debe seguir comprometida con el desarrollo pleno de la construcción europea.

Dejo la escala europea para centrarme en España.

La segunda respuesta a cómo salir de ésta también la formularía como pregunta. ¿Podemos salir de ésta los españoles si dedicamos una parte esencial de nuestra energía a remover las viejas pulsiones que subyacen bajo el modelo de Estado?

La contestación también es negativa.

Es negativa porque avanza la desafección hacia el modelo territorial. Este avance se produce en dos frentes. De un lado, porque se alienta a no sentir a los

demás —a quienes, enseguida, se les convierte en los otros- como parte de la misma comunidad política.

Instalarse en ese pensamiento, en la idea de que hay otros dentro de España, equivale a caminar al borde del precipicio. Los mecanismos de cohesión territorial y social dejan de funcionar cuando la idea misma de interés general se fractura, porque la sociedad de referencia no es única.

Un país serio debe ser capaz de mirar de frente sus problemas, y ningún Estado descentralizado puede operar establemente sin que su estructura y su financiación territorial sean aceptadas de manera muy mayoritaria, tanto por la parte como por el todo que lo constituyen.

El desafío nacionalista está ahí, y es evidente, pero la respuesta no puede ser negar el sistema autonómico a base de exigirle una legitimación por eficacia que lleve a imputarle la responsabilidad exclusiva de todos los problemas.

Ése es el segundo frente, porque parapetarse en la crisis para reclamar una involución recentralizadora es una aberración intelectual que obvia las causas reales de la Gran Recesión y desprecia toda la reflexión que culminó en la redacción del Título VIII de la Constitución. Porque este sistema no es el resultado de un capricho, sino un ensayo para encajar la sempiterna cuestión territorial de España.

Para que siga funcionando bien, es necesario asumir dos principios básicos. Uno es la complejidad de España, una nación con nacionalistas diversos. Otro, que el sistema autonómico no puede estar sometido a una tensión incesante, porque no hay estructura que lo resista. Por lo tanto, revisemos y mejoremos lo que sea menester, pero reconozcamos la envergadura del problema y afrontémoslo como tal.

En el mismo orden de cosas, es imprescindible incorporar a todas las administraciones a la lucha contra la crisis, ciertamente. Pero esa incorporación debe ser cooperativa: si se renuncia al diálogo y se opta por la imposición, la tensión territorial irá en aumento, porque ésa es la espita que aprovecharán todos los nacionalismos que en España hay para culpar a los demás de sus males.

En España es necesario hoy un nuevo compromiso histórico. Los hubo en otros momentos difíciles. Quienes no lo consideran conveniente comparten dos errores. Piensan que esta crisis es un mero bache y que, una vez superado, volveremos al estadio anterior. Está bien como deseo, pero no se compadece con la realidad. No tienen en cuenta, por ejemplo, que ahora mismo ya es necesaria otra cartografía del poder en el mundo, con el salto a primera línea de países como Brasil, India y China. A esa comprensión débil de lo que sucede unen una visión bélica de la política: las instituciones existen para estar sitiadas u ocupadas y los adversarios políticos, para ser destruidos.

Abomino de tales planteamientos. El paro se eleva al 25% y las medidas que impone la nueva Liga Hanseática van camino de señalarnos cuál debe ser nuestro modelo social e incluso nuestra organización estatal. Si ésta no es una ocasión para el compromiso histórico y la recuperación de la digna política del diálogo y del consenso, me pregunto qué sería necesario para ello.

Por eso sostengo que es necesario un acuerdo amplio, que comprenda tres pilares: el social (que involucre a los sindicatos y a la patronal), el político (que incluya las fuerzas parlamentarias) y el institucional (que aúne al Ejecutivo central y los autonómicos). El peso de los cambios que se están produciendo no puede descansar sobre las espaldas de una sola organización, por sólida que sea su mayoría absoluta en las Cortes. La austeridad no puede convertirse en la excusa para una reforma unilateral del modelo social y del modelo de Estado que enmarca la Constitución. Sé que es preciso mucho coraje y mucha convicción para, con mayoría absoluta, reconocer que esa legitimidad democrática no basta para enfrentarse a los múltiples desafíos que plantea la Gran Recesión. Pero es el presidente del Gobierno quien debe aclarar si comparte este criterio: es a él a quien le corresponde liderar una iniciativa de semejante calado.

La tercera respuesta vuelve a ser otra interrogante. ¿Puede España superar la crisis con el actual modelo económico?

No, por tercera vez.

La crisis es como una galerna que arranca los árboles más frágiles y débiles, aventa las tejas mal colocadas y levanta las techumbres ligeras. Si aplicamos el símil a nuestra estructura productiva, el espectáculo es desolador, porque corremos el riesgo de que el vendaval nos deje reducidos a la condición de

destino turístico y poco más. La fiebre inmobiliaria fue, realmente, una burbuja, una pompa que ha desaparecido dejando un rastro de centenares de miles de parados y un cementerio incontable de *activos tóxicos*.

Y es aquí cuando vuelvo los ojos a la industria, con un discurso que a algunos puede sonarles antañón. Pues hago mías las palabras de Antonio Tajani, el vicepresidente de la Comisión Europea y Comisario de Industria, quien afirmó hace bien poco que para superar la crisis y restablecer el liderazgo tecnológico no podemos abandonar nuestra base industrial.

Cierto. Quizá cuando lo dice Tajani no suene tan nostálgico, pero lo expresa claramente. Y, por cierto, desde la Comisión Europea, una institución en absoluto ajena a desinversión industrial de Europa frente a otras regiones del mundo en los últimos lustros. Y, por abundar, no es sólo Tajani. El presidente francés, François Hollande, propone la reindustrialización de Francia.

Y lo propone porque la desindustrialización europea no ha sido simétrica ni por igual. En Alemania y otros Estados del Norte, el crecimiento y la modernización industrial están en la base de su especialización productiva. Francia lo ha hecho en los servicios, mientras que España e Italia se apuntaban a la construcción, el turismo y los servicios precarios y domésticos.

Y, ¿qué ocurre ahora? Pues ahora sucede que la opinión generalizada en Francia es que la desindustrialización del país ha sido un error estratégico, un fallido cálculo económico. No porque Francia deba renunciar a los servicios; es que Alemania demuestra a las claras que el límite entre industria y servicios se ha vuelto impreciso, que esa frontera se ha tornado difusa e incierta: empresas antes sólo manufactureras diseñan ahora manufacturas, subcontratan la producción, se relacionan con el cliente y suministran el producto final. Así, lo que antes era sólo producción hoy es también investigación, diseño y servicio al cliente.

España está haciendo reformas financieras, fiscales, laborales y administrativas, pero hoy más que nunca se necesitan cambios y decisiones que muestren nuestra vocación irrenunciable de gran país industrial.

En una unión monetaria en la que no cabe la devaluación competitiva, sólo existen tres caminos para aumentar la competitividad: la devaluación interna real —no nominal, sino de precios y rentas—; el incremento de precios y salarios

en las economías competidoras; y el aumento de la productividad de la economía nacional por encima de la exterior.

El primer tipo de medidas, que es el que se está aplicando, es insuficiente y no puede prorrogarse indefinidamente, y el segundo no depende de nosotros. En cambio, el tercero —el aumento de la productividad— sí, siempre que se apueste por la industria y que se articule correctamente el corto y el largo plazo.

Impulsar un complejo industrial moderno debe ser el resultado de todo un conjunto de políticas de múltiple índole: económicas, de infraestructuras, de la competencia, ambientales, de investigación y desarrollo, energéticas, etcétera. Y, a propósito, enfatizo que la política energética debería ser la primera porque a estas alturas no es una exageración, en absoluto, asegurar que la cuestión energética —y la eléctrica, con sus desafíos tarifarios en primer lugar— es uno de los grandes asuntos pendientes de España en la segunda década del siglo XXI.

Como veis, apenas he hablado de Asturias. No creo que deba aprovechar este acto para encerar y sacar brillo a la gestión del Gobierno de Asturias. Sí os digo que los ejes de la acción de ese Ejecutivo son coherentes con lo que he expuesto. Por eso hemos iniciado la negociación de un gran acuerdo social —al que en este mes, septiembre, hemos de darle la mayor celeridad posible—, estamos empeñados en la defensa de la minería y urgimos al Gobierno central a solucionar el problema de las industrias que son grandes consumidoras eléctricas. Por favor, démonos cuenta de la trascendencia que este asunto tiene para la industria española. No, no me equivoco de adjetivo: española, porque no es, ni de lejos, un problema exclusivo de la industria asturiana, aunque para nosotros sea crucial.

Y en coherencia con lo dicho intentamos conciliar las medidas impuestas por el Gobierno central con la calidad de la gestión pública. Son, todos los citados, temas que espero poder abordar próximamente con el presidente del Gobierno de España.

Pero, insisto, no he venido aquí a presumir de gestión. He intentado explicar mi punto de vista. Casandra, que acertaba en sus pronósticos, tuvo un final trágico. Yo, que no me comparo con ella, pido que seáis más indulgentes conmigo y mis seguras equivocaciones.